

Tienen preso al dios Cupido
Entre amorosas cadenas :
En la gran Constantinopla,
Corte de la infame secta,
Donde el gran sultan Selin
Tiene sentada su fuerza ;
Este tal tiene una hija
De aqueste imperio heredera :
Lucinda tiene por nombre,
Porque luce su belleza
Mas que el trono de Amarilis,
Mas que el cielo de Amaltea.
Herida está del amor ;
Que con amorosa flecha
Le traspasó el corazón
Cupido, con sus saetas ;
Por lo cual para penar
Ardía en ardientes quejas ;
Y fué la causa un cautivo
De la ciudad de Valencia,
Que en los jardines del turco
Las plantas cultiva y riega :
Mozo, galán y alentado,
Y de grande gentileza.
Mas Lucinda, que no duerme
Y con ansias se desvela
Por ver qué remedio dar
Para gozar esta empresa,
A despojos de Cupido
Dió lugar la primavera ;
Y fué que estando Belardo
Algo quejoso una siesta,
Cantando de su fortuna
Las sinrazones adversas,
Al pié de una hermosa fuente,
Cuya corriente risueña
En gargantillas murmura
Lo que distribuye en perlas,
Con un hermoso instrumento
Cuyas concertadas cuerdas
Dan principio á sus acentos,
Que dicen de esta manera :
« ¡ Oh Virgen ! pues sois mi madre,
Tened ya de mi clemencia :
Si nací para penar,
El cielo me dé paciencia. »
Lucinda, que ya no puede
Reprimir mas su impaciencia,
Hacia donde esta su amante
Paso entre paso se llega,
Y dice :—Cristiano amigo,
¿ Qué tienes ? ¿ por qué te quejas ?
Sirena soy que en tu canto
La memoria tengo puesta
Entre mi amor y tus versos ;
Tenlo por cosa muy cierta.
¿ Por qué lloras, alma mía ?
No derrames tantas perlas,
Que saliendo de tus ojos
En mi alma están deshechas.—
Alzó el cristiano la cara,
Y mirando á la Princesa,
Con apacible sonrisa
Le dice de esta manera :
—¿ Cuándo merecí, señora,
Que vuestra Alteza me vea ?
Porque es gran dicha en un triste
El que lo mire una reina.—
Dijo Lucinda :—Mis glorias
Son ver unas azucenas ;
Se me ha perdido un diamante
Al pié de aquesta maceta,
Y lo he venido á encontrar
Junto á esta fuente risueña.—
El cristiano, que la entiende,
Le dice de esta manera :
—Ese diamante, señora,
Es un fuego que me quema,
Y no se puede gozar

Diamante con falsa piedra.—
Lucinda le echó los brazos
Con amorosa presteza,
Diciendo :—Dueño del alma,
Lo que quiero es que me quieras
Porque el fuego de tus ojos
Es un volcan que me quema.
Yo me muero, tú lo sabes,
Y si tú no lo remedias,
La fuerza del mucho amar
Me hará perder la paciencia.—
Dijo Belardo :—Señora,
Repórtate, que estás ciega,
Que soy cristiano y cautivo,
Y vengo de baja esfera ;
Y tú mora, y de este imperio
Eres señora y princesa,
Y no puede haber amor
Donde la ley no empareja.
Dijo Lucinda :—Belardo,
No seas de esa manera,
Que eres niño, y no lo entiendes,
Y es cosa muy lisonjera
El gozar de la ocasión
Cuando el amor lo desea.
No seas ingrato, bien mio,
Que un alma quemada en penas
Ha llegado á ver el cielo,
Que es la gloria que desea.
Tú eres el cielo, Belardo,
Y yo el alma que anda en pena.
Sabrás que el verme en tus brazos
Muchos suspiros me cuesta,
Y que abrazaré gustosa
La misma ley que profesas.—
Belardo, que ya no puede
Resistir tantas ternezas,
En el golpe del cuidado
Y en el mar de sus ideas,
Acordó dentro en su pecho
De bautizar la Princesa
Con una concha de plata
Que ella misma trae puesta.
En nombre del Padre eterno
Le echó el agua en la cabeza :
Le puso Rosa por nombre,
María por mas grandeza.
Enternecido Belardo
Le dice de esta manera :
—Señora, cosa es constante
Que con potestad inmensa
Y con divino rocío
Saqué tu alma de penas ;
Te puse Rosa por nombre,
Quedaste rosa tan bella,
Que un ramillete de flores
Pareces entre azucenas.—
Los dos amantes se abrazan
Y con amor se requiebran.
Dijo Lucinda :—Belardo,
Ya no espero mas grandeza,
Puesto que ya soy cristiana,
Sino que mi esposo seas.
Yo te prometo esta noche,
Antes que la aurora bella
Venga bordando claveles,
Que nos vamos á tu tierra,
Porque conozcas las ansias
De la que fué tu princesa.—
Se quita un cendal morado
Con un esmalte de perlas,
Y dice :—Toma, Belardo :
De nuestra fe verdadera
Será este cendal testigo
Hasta llegar á tu tierra ;
Y así quedate con Dios,
Antes que alguno nos sienta.—
Se fué la Infanta, y Belardo
Quedó ciego y en tinieblas,

Esperando que su esposa
Lo saque de aquellas penas.
Se dieron tan buena traza,
Que en aquella noche mesma
Aprestaron un barquillo,
Y con él mil cosas buenas.
Los dos se metieron dentro,
Y dulcemente navegan :
Llevar por remos los gustos,
Por árbol sus diligencias,
Por el trinquete su amor,
Y por descanso sus penas.
Por el mar de su esperanza
Los dos amantes navegan ;
Donde los lleva el viaje,
Allá los guía su estrella.
Mas no quiso la fortuna
Que llegaran á Valencia,
Porque los echaron ménos,
Y el turco con rabia fiera
Manda al punto que los busquen
Por el mar y por la tierra.
Dos galeras despacharon
Muy ufanas y soberbias,
Carrozas de la fortuna,
Que con vaivenes navegan.
Cuando vieron los amantes
Las dos corsarias galeras
Que les iban dando caza,
Dijo Rosa con gran pena :
—Belardo, perdidos somos,
Porque sin duda en mi tierra
Nos habrán echado ménos,
Pues dos naves muy soberbias
Vienen surcando las aguas
Navegando á toda vela.—
Cercan al triste barquillo,
Por tener poca defensa :
Y prendiendo á los amantes,
A Turquía dan la vuelta.
El Gran Sultan, que los vió,
Puso al punto la sentencia
De que han de morir quemados,
Que así su secta lo ordena.
Los infernales ministros
Encendieron una hoguera ;
Sacan á los dos amantes,
¡ Ay qué dolor ! ay qué pena !
Belardo de veinte años,
Su cara hecha una azucena

Entre cándidos jazmines
Disciplinados de perlas ;
Y Rosa de diez y siete,
Su cara una rosa hecha,
Enmarañado el cabello,
Descalzos de pié y de pierna,
Desnudos de medio arriba
Y con dos gruesas cadenas,
A porrazos y empellones,
Con sangre manchan la tierra.
Pregoneros van delante
Con cuatro roncas trompetas,
Que son lenguas del silencio
Que publican la sentencia.
Llegaron hasta el incendio,
Donde el fuego los espera.
Estándolos para echar,
Llegó un moro á toda priesa,
Que dice que el Gran Sultan
Ya les perdona su ofensa,
Como manda el Alcoran
Que se casen en su secta,
Y les perdona sus yerros
Y su cometida ofensa.
Respondió Rosa encendida
En vivo amor que se quema :
—Corre, perro, y di á mi padre
Que reniego de su secta,
Que por no ver á Mahoma
Me arrojo á la muerte fiera.
Ea, valiente Belardo,
Esta es la fe verdadera,
Por ella hemos de morir,
¡ Viva Dios, viva la inmensa
María, llena de gracia !
Y pues es de gracia llena,
Pidámosle que nos dé
Para este martirio fuerza.
Ea, amante de mi alma,
Pídele á Dios la paciencia,
Que yo tambien de mi parte
El hacerlo así me es fuerza.—
Y arrojándolos al fuego,
Con la mayor entereza
Rindió Belardo la vida,
Y Rosa murió contenta,
Sacrificando sus vidas
Por conseguir gloria eterna.

(Belardo y Lucinda, Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES HISTÓRICOS.

1296.

TOMA DE SEVILLA POR EL SANTO REY DON FERNANDO. — I.

(Anónimo.)

Dios te salve, Virgen santa,
De misericordia llena,
Virgen santa de los Reyes,
Que los afligidos ruegan,
Mueve tú mis rudos labios
Porque esta historia refieran :
Cuando España fué de moros,
Causáralo la torpeza
Del trágico rey Rodrigo
Prendado de la belleza
De la infelice Florinda,
Cuya hermosura le lleva
Tan arrastrado, que dió
Motivo para que ella
Al conde Julian su padre,
Ignorante de su afrenta,
Le diese parte, y con esto
Tal desgracia sucediera.

El Conde, ardiendo en enojo,
Procura con saña fiera
Vengarse del rey Rodrigo,
Y por conseguir su empresa,
Viéndose con fuerzas pocas,
Se valió de ajenas fuerzas
Dando entrada al Agareno
Por Tarifa, que eran tierras
De Don Julian poseídas,
Como que era señor de ellas.
Entraron en fin los moros
Con tal vigor y tal fuerza,
Que en ménos de siete meses,
La desgracia que lo ordena,
O Dios que lo permitió
Por nuestras culpas perversas,
Con su próspera fortuna,
Para nosotros adversa,
Se apoderaron de toda
España, puesta en tristeza,
Llorando su esclavitud
De las naciones la reina

Motivando estas desgracias
Solo una vil apariencia.
Seiscientos años vivieron
Los genizaros en ella,
Viviendo á su libertad,
No juzgando de que hubiera
Valor que los conquistase
Segun tomaron las fuerzas.
Nació en este tiempo al mundo
Por divina providencia
El tercero rey Fernando
Que á los moros puso rienda.
Y despues de haber ganado
Ciudades, villas y aldeas,
A vista de las murallas
De Sevilla armó sus tiendas
De campaña, y escuadrones
Que la cogen toda y cercan.
Y estando el Rey soñoliento,
Dentro de su misma tienda,
Se le apareció la Virgen,
Que al dormido Rey despierta,
Diciéndole:— Rey Fernando,
La victoria tienes cierta,
Y el día de San Clemente
Realzarás tus banderas,
Y entrarás dentro en Sevilla;
Que tienes hecha la senda.
Dios y yo somos contigo,
Y porque mas bien lo creas,
En los felices sucesos
Tendrás clara la experiencia.—
Despertó el dormido Rey,
Postró la rodilla en tierra,
Y dice:— Virgen sagrada,
Madre que nos alimentas,
Si Dios y vos sois conmigo,
¿Cómo es posible que pierda
El ganar esta ciudad
Que mi corazón desea? —
Llamó el Rey á Garcí Perez
De Vargas, y á la presencia
Del Rey vino prontamente,
Y de esta suerte se expresa:
— Poderosísimo Rey,
Vuestra Majestad excelsa
Lo que me querrá mandar
Es, que luego se acometa
A la ciudad por asalto,
Y es muy difícil la empresa,
Porque el enemigo tiene
Mucha gente en la trinchera.—
Entonces respondió el Rey,
Y dijo de esta manera:
— Buen Garcí Perez de Vargas,
Todavía se me acuerda
De vuestros leales servicios,
De vuestra casa y nobleza,
Que habeis sido buen soldado
En los lances de la guerra.
Conviéneme, amigo mio,
Que realceis las banderas
Y forméis los escuadrones
Todos á punto de guerra,
Para darles el Santiago.
Todo soldado esté alerta,
Formando los batallones
Por toda la Macarena,
Que yo por la puerta Real
Juntaré todas mis fuerzas.—
Mandó el Rey tocar al arma;
Tomando toda la senda
Por las orillas del rio
Y los Humeros, se acerca
A la puerta Real, en donde
A sus soldados esfuerza
Con tal valor y eficacia,
Que cada uno se esmera
A resistir el rechazo

Que hacían de las almenas,
De las torres y murallas
Con las flechas agarenas.
Con este fuerte rechazo
Casi entibieron sus fuerzas
Los soldados de la fe,
Y aunque al santo Rey le cercan
Algunas angustias, nunca
Sin esperanza se queda,
Fiado y muy confiado
En la celestial promesa
De la soberana Virgen
María, Señora nuestra.
Ayudó á esta confianza
Ver el socorro que le entra
Tan milagroso, que trajo
Don Juan Pelayo Correa,
El cual con su gente hizo
Tan terrible resistencia
A los moros de Triana,
Que eran los que por su cuenta
Mantenían su castillo.
Estos daban gran molestia
Al ejército del Santo,
Pues tenían descubiertas
Sus personas, pues en barcos
Les hacían cruda guerra
A los nuestros, ya con dardos,
Ya con flechas, ya con piedras.
Sucedió que en este tiempo
La divina Omnipotencia
Dispuso de que la puente
De Triana, la violencia
De dos naves la rompiesen,
Y aquesta feliz empresa
Dió motivo á que entibiasen
De los sitiados las fuerzas,
Viendo de que ya el castillo
Era fuerza se rindiera.
Entraron en sus consultas
Con su Rey las agarenas
Opiniones, sobre si
Se concediese la entrega
De la ciudad, ó si Fernando
Permitiese que le dieran
La mitad de la ciudad,
Y que en ella comprendiera
El real alcázar, partiendo
Por donde está la Venera
Al recinto que circunda
El barrio de la Alameda,
Finalizando el distrito
La puerta de la Barqueta,
Hasta el palacio, que entonces
Lo habitaba una princesa,
Hermana del mismo Rey,
Cuyo propio nombre era
Celima Rajel, y luego,
Tomando mejor escuela
De nuestro Rey Santo; tuvo
El de Doña Berenguela,
Que fué el nombre de la madre
De nuestro Rey Santo; y esta
Habitación ó palacio
Es de mejores princesas,
Que titulan San Clemente,
Claro verjel de azucenas.
Volvamos á nuestro asunto:
Hubo muchas diferencias,
Sobre lo ya propalado;
Para esto pidieron treguas
Por cuatro días ó cinco,
Y el Santo convino en ellas,
Y al fin de ellas le proponen
Lo que referido queda.
Replicó el Santo que no;
Volviéron con la respuesta
A su rey, que sofocado
Mandó embestir con fiereza.

Entonces nuestro rey Santo
Dice:— ¡Cierra, cierra, cierra,
Santiago! Aunque somos pocos,
Moriréis, perros, por fuerza.—
Como los moros son muchos,
Rechazaban con gran fuerza,
Y Fernando fatigado
Empuñó su espada diestra,
Y alzando al cielo los ojos,
Ha dicho:— Luz verdadera,
Madre que parió á Jesus,
Quedando siempre doncella,
Pues me anunciaste, Señora,
Esta victoria por cierta,
Por vuestra misericordia
Sirvete de concederla.—
Entonces con gran vigor
Invocó la gran clemencia
De Maria sin pecado,
Madre de Dios verdadera;
Y Garcí Perez de Vargas
Rechazaba con mas fuerza.
En medio de la batalla
Un caballero se muestra
De finas armas armado:
Trae una cruz y bandera,
Sobre la cruz un lebrero,
Que dice de esta manera:
« Jacobo soy, gran ministro
» De Dios, para que lo entiendas.»
Conocen que es Santiago,
Segun las señales muestra,
Y todos á una dicen:
— ¡ Santiago, guerra, guerra! —
Al mismo tiempo los moros
Por rendidos se confiesan,
Pues ganadas las murallas
El rey moro se presenta,
Y dice:— Rey poderoso,
Ya está Sevilla por vuestra;
De tus alcázares reales
Toma las llaves por seña.—
Entonces el rey Fernando
Entró por la puerta Nueva
Con un cristo en una mano,
Y en la otra su espada bella.
También entró Garcí Perez,
Rindiéndole á Dios ofrenda,
Por la puerta de Jerez.
Y aquí el humilde poeta
Pide perdon al lector
Porque sus yerros confiesa.

(Toma de Sevilla, etc. Pliego suelto.)

1297.

TOMA DE SEVILLA. — II.

(Anónimo.)

Ya que al discreto lector
Dije en la parte primera
Que el Santo rey Don Fernando
Tomó la ciudad por fuerza.
Ahora digo, que el rey Santo,
Segun las historias cuentan,
Llevado de su fervor,
Mandó fabricar diversas
Imágenes de la Virgen,
Por ver si alguna de aquellas
Se parece á la que vió
Y habló, porque las potencias,
Alma, corazón y vida,
Le robó con su luz bella.
Y yo, para describir,
Alta y divina Princesa,
Vuestro origen, necesito
De esa luz una centella,
Para que pueda alabaros,

Que si no es de esta manera,
Es muy difícil salir
Felizmente de esta empresa;
Mas con esta confianza
Prosigo de esta manera:
Llevaron al Santo rey
Los artifices diversas
Hechuras, que había mandado
Fabricar, por ver la idea
Que en sí tenía el rey Santo;
Mas ninguna le contenta,
Aunque no las despreciaba,
Pues se quedaba con ellas.
Confuso quedaba el Rey
Viendo que ninguno acierta
A satisfacer las ansias
Que su corazón anhela.
Con esta imaginación,
Con esta angustia, esta pena,
Se hallaba nuestro Fernando,
Cuando la alta providencia
De nuestro Dios y Señor
Dispuso que en tantas penas
Tuviese especial consuelo,
Y consuelo tal, que deja
Sus sentidos muy absortos,
Y fué de aquesta manera:
Estando el Rey sosegado
Dentro de su misma tienda,
Entró un soldado, y le dijo:
— Señor, á la puerta quedan
Dos mancebos que pretenden
El hablar á vuestra Alteza.—
Mandólos entrar el Rey,
Y puestos en su presencia,
Se quedó maravillado,
Y tanto, que enmudeciera
Viendo en ellos tal primor,
Tal garbo y tal gentileza,
Que no acierta á preguntarles
Qué querían ó quién eran.
Ellos le dicen:— Señor,
Sabemos por cosa cierta
Que vuestra real Majestad
Ha hecho muchas diligencias
Para que le fabricasen
Una imagen de la inmensa
María llena de gracia,
Y viendo que nadie acierta
A daros entero gusto,
Cual le teneis en la idea,
Nosotros nos obligamos
Que veais por experiencia
Practicar lo que pretende
Y desea vuestra Alteza.
Mandé que para tres días
La comida nos prevengan
Para los dos solamente,
Y que ninguno se atreva
A entrar en donde estaremos,
Ni aun vos, hasta que se vea
La obra finalizada.—
Mandó el Rey que en una pieza
Los encerrasen, y él propio
Por su mano echó á la puerta
Un cerrojo, y con su llave
La guardó, hasta que fuera
Ocasión de que se abriese.
Con una santa paciencia
Estuvo el Rey los tres días
Deseando que á la puerta
Llamasen los dos mancebos,
Para que el Rey les abriera.
No pudo aguantar el Santo,
Porque el corazón le flecha
El deseo de saber
Si han salido con su empresa.
Abrió la puerta Fernando,
Introdujose en la pieza

Donde dejó los mancebos,
 Pero no los halló en ella;
 De lo cual quedó admirado,
 Y más viendo manifiesta
 La comida que mandó
 Se les pusiese, y que entera,
 Conforme allí la pusieron,
 Asimismo se conserva.
 Entró más adentro, y vio
 A la celestial Princesa,
 A la que es de pecadores
 Abogada y medianera,
 A la impecable María,
 A la que es de reyes Reina,
 A la Virgen de los Reyes...
 Ya en una cláusula entera
 Dijo lo que el Santo vio.
 En verla y postrarse en tierra
 No hubo distancia de tiempo,
 Pues fué tal la complacencia
 Que al ver la divina imagen
 Tuvo, que toda la tierra
 No era bastante á templarle
 El fervor que le enajena,
 Viendo había conseguido
 Lo que tenía en su idea.
 Los júbilos, la alegría,
 Las innumerables fiestas
 Que á esta imagen se le hicieron
 Es imposible traerlas
 A la memoria, pues que,
 En cualesquiera refriegas
 De batallas y reencuentros
 Que con los moros tuviera,
 Entraba con tal fervor,
 Y todos los suyos, que eran
 Tan devotos, tan amantes
 De esta celestial Princesa,
 Que sin temor se lanzaban
 A las furias agarenas,
 Quedando siempre triunfantes,
 Solo nombrando, por prenda
 De su mayor patrocinio,
 A la que es del cielo Reina,
 Virgen santa de los Reyes:
 Pues consta por cosa cierta,
 Que desde su aparición
 Fuéron perdiendo las fuerzas
 Los moros, rindiendo todos
 Las cervices de por fuerza.
 Bien claro se ve en la toma
 De Sevilla, pues demuestra
 Ser un patente milagro
 Haberse hecho dueño de ella
 San Fernando, pues tenía
 Dentro de la ciudad misma
 De gente muy escogida,
 El rey moro, más de treinta
 Mil moros de armas, y el rey
 San Fernando solo cuenta
 Nueve mil, con dos mil hombres
 Que Garci Perez gobierna,
 Debiéndole todo el triunfo
 A la protección suprema
 De la Virgen de los Reyes,
 Que es por quien los reyes reinan.
 Hizo el Santo rey Fernando
 Repartimiento de aquellas
 Prendas de su estimación.
 A la catedral iglesia,
 En todo grande é insigne,
 Dejó nuestra imagen bella
 De los Reyes, con intento
 De que, falleciendo, fuera
 Depositaria á su cuerpo.
 Otra imagen que le hicieron
 Cuando mandó fabricar
 La que tenía en su idea,
 Y dijo, que entre dos aguas

Estaba si era la mesma,
 Esta dió á San Salvador,
 Que en su templo se venera,
 Con título de las Aguas,
 Que el rey Santo se le diera.
 Otra imagen les donó
 Con amorosa franqueza
 A los maestros de sastres,
 Y un pendon, cuyas dos prendas
 Las tienen en mucha estima,
 Y en San Francisco se encierran.
 La espada y el estandarte,
 Con el crucifijo, ordena
 Que á sus queridas las monjas
 De San Clemente les dieran;
 Las cuales dos prendas dieron
 Las religiosas, atentas,
 Al muy ilustre cabildo
 De la catedral iglesia,
 Quien con gran estimación
 Las aprecia y las venera.
 Hechas estas particiones,
 Lo llamó Dios á la eterna
 Morada, porque descansen
 De las pasadas tormentas
 Que en defensa de la fe
 Y exaltación de la Iglesia
 Trabajó incesantemente
 Hasta poner sus banderas
 En la muy noble y leal
 Ciudad de Sevilla excelsa
 Postróle una calentura
 Que le dió, de tal manera,
 Que luego al punto pidió
 Que sin dilación trajeran
 El divino Sacramento,
 Porque quiere con tal prenda
 Asegurar su partida
 A la gloria sempiterna.
 Vino pues su Majestad,
 Y con grande reverencia
 Se arrojó de su real lecho,
 Y arrodillado en la tierra
 Recibió aquel pan de gracia;
 Y porque sus ojos vieran
 Cómo debe venerarse
 Al Rey de cielos y tierra,
 Allí cantando el *Te Deum*,
 A Dios su alma le entrega.
 Ya murió nuestro rey Santo
 Y en su testamento ordena
 Que á las plantas de la Virgen
 Su difunto cuerpo fuera
 Depositado, y la espada
 En gran estima tuvieran,
 Pues con ella, por la ayuda
 De la Majestad suprema,
 Le dió triunfos á la fe
 Engrandeciendo su Iglesia.
 En memoria de estos triunfos,
 Todos los años se esmeran
 Los dos ilustres cabildos:
 Tanto lo estiman y aprecian,
 En sacarla en procesion
 Al rededor de la iglesia
 A veinte y tres de noviembre
 Con su plausible asistencia,
 Que es día en que se ganó
 Esta ciudad siempre regia,
 Saliendo de la capilla
 De esta celestial Princesa.
 Y aquí el poeta rendido
 Confiesa que es mal poeta,
 Y al auditorio suplica
 Que tendrá á grande fineza
 Que le perdonen sus yerros,
 Que afectuoso lo desea.

(Toma de Sevilla, etc. Pliego suelto.)

1298.

LA REINA SULTANA.—I.

(Anónimo 1.)

Canten gloriosos elogios
 Con acordes consonancias
 Los triunfos más excelentes,
 Y la más famosa hazaña,
 El más cauteloso agravio,
 La más heroica venganza,
 Que en el mundo no hubo otra.
 En el tiempo que en Granada
 Tremolaban los alarbes
 Banderas mahometanas,
 Alabeces y Gazules,
 Cegries, Gomeles, Mazas,
 Azarques y Reduanes,
 Y aquella tan remontada
 Familia de Abencerrajes,
 Que teniendo afianzada
 De Audalá rey la corona,
 Con la mayor confianza,
 Las que eran arduas empresas
 Solo á ella las fiaba,
 Por lo que, del Rey querida,
 Irritados se abrazaban
 Los Cegries en envidia
 Y con tiranía ingrata
 Intentaron cautelosos
 Derribarla de la gracia
 Del Rey, con una traicion
 De ellos mismos intentada,
 Diciendo que Albin Hamete,
 Abencerraje de fama,
 Cooperaba con la Reina,
 Hermosísima sultana,
 Y después de sus deleites
 Injustamente intentaba
 Levantarse con el reino
 Dándole la muerte infausta.
 Así al Rey se lo dijeron,
 Ofreciendo en su probanza
 Que eran testigos de vista:
 —Y esta verdad, por ser clara,
 En muy pública palestra
 Mantendrémos en batalla.—
 El Rey cayó amortecido
 Al oír estas palabras;
 Y después que volvió en sí,
 Dijo con mortales ansias:
 —¿Que la Reina me ha ofendido?
 ¡Al fin mujer, que esto hasta!—
 Y escupiéndole basiliscos,
 Dijo con cólera y rabia:
 —¡Mueran los Abencerrajes!—
 Y luego al instante manda
 Los llamasen uno á uno,
 Y con mucha industria y maña
 Degolló hasta treinta y seis,
 Y á todos los degollara,
 Si no fuera por un paje
 Que descubrió la maraña,
 Y gritó:—¡Traicion, traicion!—
 Y Granada alborotada,
 Toda dividida en bandos,
 Y hechos todos á las armas,
 Procuraron su defensa;
 Y nunca en esto parara
 Si el muy valeroso Muza,
 Digno de toda alabanza,
 Gran capitán general
 De las tropas arregladas,
 No sosegara el tumulto,
 Aunque á duras penas. Manda
 Luego el Rey juntar sus grandes,
 Y dentro de la real sala,
 El Rey saliendo enlutado,
 Dijo con voz lastimada:
 —Vasallos nobles y amigos,

Bien sé que ignorais la causa
 Del sucedido fracaso:
 Oid pues la circunstancia.
 Os hago saber á todos,
 Por cosa muy fija y clara,
 Que son los Abencerrajes,
 Los que al mundo dieron fama,
 Traidores á mi corona;
 Y que asimismo intentaban
 Quitarme la vida y reino
 Con la intención muy dañada.
 Sabréis también que la Reina
 Deshonestamente trata,
 Con Albin Hamete, amores,
 Y que hay dentro de la sala
 Cuatro testigos de vista
 Que lo juran y declaran.—
 Se ha levantado diciendo
 Un Almoradi en voz alta:
 —Atentos á tus razones,
 Rey, estamos, y repara
 Que estás mal aconsejado,
 Que esta es traicion declarada;
 Que la Reina es muy honesta,
 Y en ella no cabe mancha;
 Que esos caballeros mienten,
 Villanos de mala casta,
 Y con la espada en la mano
 Lo mantendré en la campaña.—
 Respondió el discreto Muza:
 —Solo la prudencia valga,
 Porque moverlo á cuestion
 Es dar crédito á la falsa
 Traidora proposicion,
 Y quedara amancillada
 La candidez de la Reina;
 Lo que importa es el llamarla,
 Y aquí en presencia de todos,
 Según está ya notada,
 En acusación se ponga
 Porque su defensa haga
 Como le toca en derecho.—
 Luego al punto fué llamada:
 Con mucha pompa y grandeza
 Salió muy acompañada
 De sus damas y doncellas;
 Dijo Muza estas palabras:
 —Has de saber, Reina hermosa,
 Cómo dentro de esta sala
 Hay caballeros que ponen
 Dolo en tu honor y en tu fama,
 Y que con Albin Hamete
 Aseguran que quebrantas
 Hoy las leyes conyugales;
 Y siguiendo esta sumaria,
 Este juicio se remite
 Al tribunal de las armas.
 Cuatro son los que te acusan,
 Por tí otros cuatro se arman
 A defender lo contrario;
 Si en la lid con arrogancia
 Vencieren tus defensores,
 Quedarás acrisolada,
 Y si los acusadores
 Vencieren, por tu desgracia,
 Queda tu honor empañado
 Y tu honra amancillada,
 Y por alcoranas leyes
 Tienes de morir quemada.
 Treinta días son de plazo,
 Que es el término que basta
 Para que elijas, señora,
 Caballeros que tu causa
 La defiendan como suya;
 Aquí hay muchos que lo hagan,
 Y yo he de ser el primero,
 Pues cuanto yo pueda y valga
 A tu servicio consagro.—
 Y ella sin turbarse en nada,

Mirando á un lado y á otro,
 Como que se hallaba salva,
 Dijo muy en altas voces
 Estas siguientes palabras:
 — Cualquier caballero moro
 Que en mi honor ha puesto tacho,
 Miente, villano traidor,
 De mala sangre y prosapia,
 Que nunca ofendi á mi esposo
 Con obra ni con palabra;
 Y ahora aquí en mi presencia,
 Sin dilacion ni tardanza,
 Pónganme la acusacion
 Mentirosa y mal fundada. —
 Y guardando ceremonia,
 Los traidores se levantan,
 Y ponen su acusacion:
 Luego el Rey ordena y manda
 Que en la torre de Comares
 La tengan asegurada,
 Y con orden muy expresa
 Que no fuere visitada
 De nadie sino de Muza,
 Por ser de su confianza.
 Llevóse en su compañía
 A la cautiva Esperanza.
 Y viéndose en tanto aprieto,
 Furiosa y desesperada
 Intentó herirse las venas
 Para morir desangrada,
 Solamente con intento
 De que no se les lograra
 El ver su afrentosa muerte;
 Y la famosa Esperanza
 La consolaba, diciendo:
 — Ten, señora, confianza
 En Dios, que te ha de librar;
 Yo conozco allá en mi patria
 A un famoso caballero,
 De sangre calificada:
 Su nombre es Don Juan Chacon,
 Muy temido en las batallas,
 Y es amigo de amparar
 A todo el que de él se ampara,
 Y sé que si de él te vales,
 Tienes de ser libertada. —
 Tomó la Reina el consejo,
 Y al punto escribió una carta
 Diciendo: « Señor Don Juan,
 » Quien tanto la fama ensalza,
 » Gran señor de Cartagena:
 » Por estar bien informada
 » De tu virtud y piedad,
 » Pues con tu brazo y espada
 » Defiendes la honra ajena
 » Y al desamparado amparas;
 » Esto, señor, me ha obligado
 » A escribirte mi desgracia,
 » Amparándome de vos
 » Yo, triste reina Sultana,
 » Presa por un testimonio
 » Y de adúltera acusada;
 » Y por Alá te aseguro
 » Que en eso no debo nada;
 » Y si no doy caballeros
 » Que me defiendan sus armas,
 » La sentencia de mi muerte
 » Será luego ejecutada.
 » Cuatro son para otros cuatro,
 » Que así las leyes lo mandan;
 » Y si por estar infiel
 » Pones, señor, repugnancia,
 » Yo creo en Dios uno y trino,
 » Y en su Madre soberana;
 » Solo el bautismo deseo
 » Con los afectos del alma. »
 Aquesta carta Don Juan
 Leyó contento y con saña,
 Y escribiendo la respuesta,

La envió en estas palabras:
 « El postrer día del plazo
 » Estaremos en Granada
 » Yo y otros tres caballeros,
 » Sin que en aquesto haya falta:
 » No digo mas. — Juan Chacon. »
 Luego Don Juan sin tardanza
 Dió parte á tres caballeros
 De mucho valor y fama:
 Don Manuel Ponce de Leon;
 Y por segundo señala
 Don Alonso de Aguilar,
 Caballero de importancia.
 El tercero fué el Alcaide
 Que de los Donceles llaman;
 Y de que juntos los tuvo
 Les manifestó la carta,
 Y se ofrecieron contentos
 Para una empresa tan ardua.
 Iban fuertemente armados,
 Y sobre las finas armas
 Llevaban traje turquesco,
 Pues al intento ayudaba
 El que la arábica lengua
 Fuertemente la cortaban.
 Llegaron pues á dar vista
 A la vega de Granada,
 Y vieron venir á un moro
 A caballo y gruesa lanza,
 Caminando cuidadoso:
 Aguardaron que llegara,
 Y hablándole en su lenguaje
 Corteses le saludaban.
 No menos bizarro el moro,
 Correspondió en sus palabras:
 Luego al punto les pregunta
 Quién eran ó qué buscaban.
 Ellos dieron por respuesta,
 Sin equivocarse en nada:
 — Somos genizaros turcos,
 Desembarcamos en Adra,
 Y hemos venido á estas vegas,
 Que nos han dicho que andan
 Ciertos cristianos en ellas
 Que hacen dañosas entradas,
 Con deseos de encontrarlos
 Para hartarlos de batalla. —
 Aquí los dejaré hablando,
 Mientras me asomo á la Alhambra
 A ver sacar á la Reina,
 Que la sacan enlutada
 La flor de los caballeros,
 Todos con sus negras bandas.
 Aquí fueron los lamentos
 Que toda la plebe armaba,
 Y la mucha gritaría,
 Llorando todas las damas,
 Echando mil maldiciones
 A los que fueron la causa.
 Llegó en efecto la Reina
 A la plaza Vivarambla;
 Subieronla en el tablado,
 Que para el intento estaba
 Todo de funebre luto,
 Y en un estrado sentada
 Quedó la Reina afligida
 Vertiendo perlas por nacar.
 Y en otra segunda parte
 Escribiré lo que falta.

(La reina Sultana, Pliego suelto.)

¹ Gines Perez de Hita, en su libro semi-histórico fabuloso de la *Historia de los bandos de los Cegries y Abencerrajes*, etc., ha prestado el asunto sobre que versa este romance vulgar, en el cual se halla despojado de todos los accesorios, y reducido á la parte que trata de la acusacion contra la Reina, y al reto y duelo que los caballeros cristianos sostuvieron y vencieron en defensa de la ilustre acusada. De la acusacion contra la Reina, la traicion de los Cegries contra los Abencerrajes, y de la muerte alevosa que el rey Chico hizo dar á treinta y seis de

los mas aventajados caballeros de tan ilustre linaje, tratan los romances números 1058 y 1059, que hemos insertado en este *Romancero general*, tomándolos del citado libro de Perez de Hita.

1299.

LA REINA SULTANA. — II.

(Anónimo.)

Ya dijo el primer romance
 Cómo se quedó sentada
 La Sultana en el tablado,
 Muy triste y acongojada,
 Toda la plebe á la vista,
 Hasta ver cómo quedaba.
 Ya eran las dos de la tarde,
 Sin haber dispuesto nada;
 Se levantó un caballero,
 Diciendo aquestas palabras:
 — Señora, ¿ qué determinas?
 ¿ Qué dispones ó qué aguardas,
 Pues te va la vida y honra?
 Y si el término se pasa,
 Pondrán en ejecución
 La sentencia pronunciada;
 Aquí hay muchos caballeros
 De mucho valor y fama,
 Que te quieren defender:
 Solo tu licencia aguardan. —
 La Reina dió por respuesta,
 Que ella estaba apalabrada
 Con letra de un caballero,
 Que todavía no tarda.
 No se pasó media hora,
 Cuando entraron en la plaza
 Cuatro turcos con un moro,
 Que con cuidado reparan;
 A Gazul bien conocieron,
 Pero á los turcos en nada.
 Llegó Don Juan al tablado
 Donde los jueces estaban;
 Pidió á los jueces licencia
 Para hablar cuatro palabras
 Con la Reina, y se la dieron;
 Subió Don Juan sin tardanza,
 Empezó á hablarle bien alto,
 Porque todos lo escucharan:
 — Sepa vuestra real Alteza
 Que las marítimas aguas
 Nos aboradaran á tierra
 En ese lugar de Adra:
 Si quereis darnos licencia,
 Tomaremos la venganza. —
 Y Don Juan, con disimulo
 Le dejó caer la carta:
 La Reina la alzó al instante,
 Y conociendo la traza,
 Trató de disimular,
 Y dijo á Don Juan: — Me basta;
 Desde luego os doy licencia
 Como á dueño de esta causa,
 Y os aseguro que en esto
 Estoy sin culpa; culpada
 Por estos falsos traidores —
 Y Don Juan luego se baja
 Del tablado, y cabalgó,
 Y entónces notó que entraban
 En la palestra los cuatro
 Traidores que la acusaban;
 Y el muy valeroso Alcaide,
 Con la mas noble arrogancia
 Se fué para los traidores,
 Diciendo aquestas palabras:
 — ¿ Por qué razon, caballeros,
 Tan sin motivo ni causa
 Habéis puesto á vuestra Reina
 En tanto riesgo, y su fama? —
 Y le respondió el Cegri:
 — Porque es verdad declarada

Que nosotros cuatro vimos
 Entre delicias profanas
 A la Reina en sus deleites,
 Sin tener temor de nada;
 Y como nobles vasallos,
 Pesarosos de esta infamia
 Al Rey la participamos,
 Manteniéndola en batalla.
 Dijo el fuerte Alcaide: — Mientes,
 Que es la Reina honesta y casta,
 Y muy pronto vais á ver
 Lo que por eso os aguarda. —
 Y el fuerte Alcaide enojado,
 Con el cabo de la lanza
 Le dió al moro tan gran golpe,
 Que juzgo, si asegundara
 Con otro, acabara allí,
 Y el moro, como se hallaba
 Desmentido y ofendido,
 Soberbio enristró la lanza,
 Y embistió para el cristiano,
 Y aquí se empezó la danza,
 De cuyos terribles golpes,
 No saltaban de la fragua
 De Vulcano mas centellas,
 Que de los ocho saltaban.
 Al gallardo Ali Hamete
 Le tocó por su desgracia
 El valiente Don Manuel;
 Hizole á este tiempo cara
 Don Alonso á Mahandon,
 Y Don Juan al que quedaba,
 El valiente Mahandin,
 Y enristrando las dos lanzas
 Partieron el uno al otro
 Con furor, braveza y saña,
 De cuyo terrible encuentro
 Parecía que chocaba
 Un monte con otro monte;
 Y sin remediarse nada
 Ambos vinieron á tierra,
 Y sacando las espadas,
 Armaron tal herrería,
 Que las armas destrozaban.
 A los primeros encuentros,
 Por una treta impensada,
 El valeroso Don Juan
 Sacó en un muslo una llaga;
 Quedó Don Juan muy corrido,
 Y como arrestado estaba,
 Y también sobre avisado,
 Señaló una herida falsa;
 El moro acudió al reparo
 Y á cubrirse con la adarga;
 Pero rebatiendo el brazo
 Con tal fuerza y tal pujanza,
 Que le cortó todo un muslo
 Hasta cerca de la caña.
 El moro quedó burlado
 Sin saber por dónde echaba
 Don Juan, que lo conoció,
 Antes que se recobrara
 Alzó su invencible brazo
 Y le dió tal cuchillada,
 Que le cercenó el pescuezo;
 Por la cual herida echaba
 Mucha abundancia de sangre,
 Y viéndole cómo estaba,
 Don Juan volvió á sus posturas
 Por lograr, y fué lograda,
 Junto á la otra herida otra;
 Y como ya el moro estaba
 Desangrado, fué bastante
 A trastornarlo de espaldas
 Revolcándose en su sangre
 Acabó en mortales ansias.
 Don Juan que lo vido muerto
 A Dios le dió muchas gracias,
 Y montando en su caballo